

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS VI JORNADAS  
(1996)

Marisa Velasco  
Aarón Saal  
Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



## LOS HECHOS HISTÓRICOS

Forma parte del lugar común de la epistemología de la historia las consideraciones acerca de la peculiaridad de su objeto en cuanto el pasado se define como lo que ya no es y de lo que sólo tenemos rastros a partir de los cuales inferir cómo ha sido: "el pasado como realmente fue no está abierto a la observación, y no hay razón para pensar que algunos restos que tenemos de él constituyan en sí mismos lo que podría ser descrito como meras transcripciones de la realidad pasada"<sup>1</sup>, "[la evidencia] no puede ser chequeada contra los eventos mismos, los discursos, por ejemplo, como realmente fueron emitidos"<sup>2</sup>; "no podemos tener un conocimiento histórico objetivo porque no tenemos acceso a un pasado dado contra el cual juzgar las interpretaciones rivales"<sup>3</sup>. Es dudoso considerar que esto sea característico de la historia, podría decirse que muchos objetos científicos tienen estas características ya que sus notas definitorias se infieren a partir de los datos que obtenemos (datos dependientes además de decisiones teóricas previas), respecto del carácter teórico de los objetos históricos lo mismo puede decirse de otras ciencias (sociales y naturales). Sin embargo, la historia tiene algunas notas que le son propias, en primer lugar, el pasado histórico no es todo el pasado sino algún sector que sea considerado relevante<sup>4</sup>; en segundo lugar, la ubicación temporal misma del fenómeno a indagar exige definir sus límites y la relación con otros, simultáneos o no, quiero decir con esto que en el caso de fenómenos o procesos complejos, como lo son la mayoría de los que interesan a los historiadores, su definición entendida como dónde comienza o termina, cómo se relaciona causalmente con otros, es algo que no viene dado sino que tiene que ver con qué porción de tiempo, qué unidad de análisis, qué categorías teóricas se tomen. Es el resultado, entonces, de una decisión del historiador. Lo que quiero probar en este trabajo

---

\* Este trabajo es producto de las discusiones en los grupos de estudio con subsidio UBACYT sobre filosofía de la historia dirigido por el Dr. D. Brauer y sobre descubrimiento y creatividad en ciencia dirigido por los Profs. F. Schuster y G. Klimovsky.

<sup>1</sup> Walsh, W.H. "Truth and Fact in History Reconsidered", p.54, (History and Theory, Beiheft 16, 1977, pp.53-71).

<sup>2</sup> Kosso, P: "Historical Evidence and Epistemic Justification: Thucydides as a Case Study", p. 12 (History and Theory, 32, 1, 1993, pp.1-13).

<sup>3</sup> Bevir, M. "Objectivity in History", p.328 (History and Theory, 33,3, 1994, pp.328-344).

<sup>4</sup> Esto no queda refutado por el surgimiento de nuevos sujetos de historia, más bien lo confirma.

es que estas afirmaciones no conducen al escepticismo histórico, ni a la literaturización de la historia.

En *La revolución es un sueño eterno*, Andrés Rivera nos presenta un supuesto diario del final de la vida de Castelli afectado de cáncer de lengua, la obra sin embargo no tiene pretensión historiográfica y es ubicada sin ninguna duda en el estante de obras literarias y no entre los libros de historiadores. ¿A qué criterio responde esa ubicación?: la respuesta parece obvia, la obra de Rivera es una novela histórica y como tal no debe cumplir con las exigencias a las que sí deben ajustarse los textos historiográficos, es decir, no tiene sentido criticarla porque no se ajuste a las fuentes existentes, o porque contradiga otros textos aceptados. Es una variación ficticia acerca de un personaje que sabemos real: a partir de ciertos datos fidedignos, juega con la verisimilitud de un diario, que de ser cierto podría servir como fuente a un historiador, sin obligación de probar que no es fraudulento. Es decir, la novela en cuestión, no tiene pretensión cognoscitiva aunque como toda obra de arte pueda revelarnos un modo de acceso a lo real, un aspecto que nos ha pasado desapercibido<sup>5</sup>, los textos de los historiadores<sup>6</sup>, en cambio, si pretenden considerarse historiográficos, es decir, con visos de científicidad, deben mostrar su dependencia de las fuentes y documentos pertinentes.

Pero al igual que el escritor de ficción el historiador recurre a cierto uso de la imaginación que podríamos llamar "histórico", ella no debe pensarse como una facultad de invención azarosa, sino como el complemento de la actividad de inferencia a partir de la evidencia. Para Collingwood su función residía únicamente en rellenar los huecos dejados por las fuentes<sup>7</sup>, pero creo que debe entenderse mejor como el conjunto de decisiones teóricas que permiten acotar un campo de trabajo, mejor, definir un objeto de estudio. No estoy pensando tanto en la creación de un hecho histórico como tal (no creo que las invasiones inglesas sean, en este sentido, un producto de la imaginación histórica) sino más bien en el trabajo que tiene que ver con fijar los límites de un proceso, o establecer las transición de un momento a otro, o determinar dónde termina o comienza un acontecimiento, en fin, me refiero a la actividad de fijar criterios en función de los cuales vincular el hecho a estudiar con otros, o establecer su unidad.

La disputa en torno al constructivismo ha girado alrededor de la defensa de tesis realistas o anti-realistas, adjudicándose estas últimas al constructivismo histórico<sup>8</sup>. Creo que esta formulación es errónea y contraproducente. errónea porque asumir una posición constructivista no obliga a defender la tesis anti-realista, y contraproducente porque aborta un debate que debería darse en torno a las limitaciones y posibilidades de la historia

---

<sup>5</sup>En este caso, digamos, nos presenta a un personaje histórico con rasgos de humanidad.

<sup>6</sup>Podrían incluirse también las enciclopedias de historia, los documentales de difusión masiva, los fascículos coleccionables sobre los "hombres de la historia", etc.

<sup>7</sup>Vease *The Idea of History* (1946), pp.231-249, Oxford University Press, Oxford, New York, 1994 (Revised Edition)

<sup>8</sup>Es el caso por ej del artículo de W. Dray: *Was Collingwood a Historical Constructionist?*, *Collingwood Studies*, I, 1994, pp.59-75.

científica, creo que por detrás de la negación al constructivismo opera en realidad un rechazo al relativismo que supone. Ahora bien, el relativismo histórico es, a mi entender, una cuestión de hecho, no hay historias definitivas, ni relatos últimos, hay, más humildemente, un trabajo controlado de inferencia a partir de la evidencia disponible con los instrumentos teóricos a mano que puede dar por resultado relatos objetivos que tienen la pretensión de ser verdaderos. "tenemos, gracias a la disciplina histórica, una concepción racional e inteligible de lo que es razonable creer que ocurrió en el pasado humano. ¿Por qué debería esperarse más que eso?"<sup>9</sup>

Voy a analizar ahora por qué considero inevitable entender la actividad del historiador como constructiva. Resulta bastante claro el que generalmente se haya entendido a la historia como historia política o, si se quiere de la sociedad, la historia occidental ha sido vista como el estudio del surgimiento y caída de civilizaciones o culturas que, en cierto sentido, se consideraron antecedentes del mundo contemporáneo. El primer comentario crítico aquí es que ello supone un fuerte presupuesto de continuidad histórica, por el cual está justificado extrapolar categorías del presente al análisis del pasado; por acción de este presupuesto vemos a los hombres del pasado como nuestros antepasados, si bien este presupuesto puede resultar operativo, no se debe perder de vista que es un presupuesto y que por ende habrá ocasiones en que será preciso abandonarlo. Ello ocurrirá en, al menos, dos casos: aquellos en los que no puede hablarse de historia de la sociedad en el sentido occidental (como es el caso de la América precolombina, o de los países asiáticos y africanos) y aquellos en los que el tema de la historia ha cambiado (como es el caso cuando se escribe historia de lo que tradicionalmente no ha habido historia)<sup>10</sup>

En el sentido común todavía se mantiene esta forma tradicional de entender a la historia, como es el caso cuando se dice de un acuerdo político o económico o de una medida gubernamental que son "históricos", pero en el ámbito profesional los historiadores lo han cuestionado abriéndose a trabajar en temas no tradicionales, así se ha descubierto a través de la historia oral que comunidades consideradas ahistóricas tienen una experiencia histórica rica, aunque diferente (pues su patrón no es tanto el cambio como la permanencia), también se ha probado que cuestiones u objetos ahistóricos también poseen una historia por la que han llegado a ser considerados como lo son actualmente, por último, han surgido nuevos personajes de la historia. Tal es el caso de lo que se ha dado en llamar "nueva historia" que tiene su antecedente en la escuela de Annales (e incluso antes<sup>11</sup>) pero que ha continuado fuera del ámbito historiográfico francés, ella debe

---

<sup>9</sup>Goldstein, L. "History and the Primacy of Knowing", p.52 (History and Theory, Beiheft 16, 1977, pp.29-52).

<sup>10</sup>Este punto resultó de una discusión con Gustavo Marqués y Verónica Tozzi.

<sup>11</sup>Véase Burke, P. Formas de hacer historia, cap 1, pp.19-20. "para muchos, la nueva historia está asociada a Lucien Febvre y Marc Bloch, que fundaron en 1929 la revista *Annales* para promocionar su enfoque, y a Fernand Braudel, en la generación siguiente [ ] la misma expresión 'nueva historia' tiene su propia historia. Por lo

enfrentarse a nuevos problemas metodológicos y a la dificultad para interpretar la evidencia o, incluso, a la escasez de fuentes directas. “la misma escasez de fuentes ha dado un enorme estímulo al desarrollo de nuevas técnicas y métodos. Es necesario interrogar al pasado con otros medios [ ] se ha recurrido a la arqueología, la cartografía, la lingüística y la onomástica”<sup>12</sup>

Ahora bien, ¿estas consideraciones no probarían acaso que hablar de constructivismo es desatinado puesto que se dice que se descubre historia allí donde no se la había detectado? La respuesta es negativa ya que lo que queda probado en verdad es el papel activo que la imaginación histórica juega en el trabajo historiográfico, por supuesto que los hechos históricos han sucedido pero el modo en que son definidos y analizados como tales sólo puede ser resultado de una decisión teórica, y no sólo en el caso complejo de una revolución o una época, sino incluso en casos mucho más puntales como la decisión de cierto personaje de firmar un acuerdo o declarar una guerra, etc. Un relato histórico dice algo más que simplemente que un cierto hecho sucedió, lo define de un modo que es historiográficamente propio y que no necesariamente fue el sentido accesible a los tomaron parte de él. En ese sentido los hechos históricos son “construidos” se les agrega una unidad y una solidez que no poseen por sí mismos<sup>13</sup> Lo que el énfasis en la tesis constructivista apunta a mostrar es que la corroboración de un relato histórico es interna pues depende de la evidencia utilizada, que es a su vez definida previamente y no está allí de antemano para ser utilizada: “las conclusiones históricas deben acordar con la evidencia, pero la evidencia tampoco es algo que esté fijo, acabado, e incontrovertible en su significado e implicaciones”<sup>14</sup>, “no apilamos primero la evidencia y luego determinamos por algún procedimiento inferencial cómo fue el pasado que produjo esa pila”<sup>15</sup>; en este sentido puede hablarse incluso de creación de evidencia cuando datos disponibles son leídos y extrapolados de modo diferente. Esto nos conduce al punto siguiente referido a la verdad histórica y el relativismo.

El relativismo histórico es un hecho: de un mismo proceso, fenómeno o personaje suele darse más de una narración histórica sería basada en la evidencia, “sería basada en la evidencia” significa que no puede ser descalificada por críticas ideológicas, por un manejo dudoso de la evidencia, por incurrir en errores inaceptables, etc. Es conocido el debate entre Taylor y Trevor Roper en relación a los orígenes de la Segunda Guerra Mundial. el intento de Taylor de mostrar que el accionar de Hitler no fue la causa de la

---

que yo sé, la más antigua del término data de 1912, cuando el académico James Harvey Robinson publicó una obra con este título”; Alianza Editorial, Madrid, 1994.

<sup>12</sup>Wesseling, H. “*Historia de ultramar*”, p.101; en Burke, op. cit. pp.89-118.

<sup>13</sup>Considero que éste ha sido un punto acertadamente visto por autores como Hayden White que señalan cuánto de construido tienen los hechos históricos, sin embargo, como se verá más adelante, no coincidió con las conclusiones antirrealistas que saca de ello; véase White, H.: *El contenido de la forma*; Paidós Básica, Barcelona, 1992.

<sup>14</sup>Walsh, p.54.

<sup>15</sup>Goldstein, p.41-2.

guerra sino más bien el resultado de una situación histórica insostenible para Alemania a la que Hitler simplemente habría reaccionado, fue duramente criticado por quienes entendieron que no hacía justicia a la evidencia relevante, aunque tuvo el mérito de mostrar hasta qué punto el estallido de la guerra no fue desencadenado sólo por las decisiones de un obsesivo del poder, sino también por los hombres de estado que creyeron que podrían dominarlo y esperaron demasiado para actuar<sup>16</sup>

¿Qué enseñanza se sigue de esto?. Básicamente que no hay forma de contrastar un relato histórico con el hecho tal cual es, lo que supondría el acceso a una especie de perspectiva divina que nos permitiera determinar hasta qué punto el relato en cuestión es una descripción fiel de aquello sobre lo que versa. “la ventaja del punto de vista de Dios es que permitiría saber que algún evento en el pasado humano real tuvo precisamente las mismas características que alguna reconstrucción histórica le imputó a un evento en el pasado humano, y para Dios, el conocimiento del pasado humano no tendría que estar mediado por la disciplina de la historia”<sup>17</sup>. Lo más que puede ocurrir en el caso de historiadores competentes es que disientan respecto de la evidencia relevante, o de su interpretación, o de las categorías teóricas utilizadas, en suma, en lo que disienten es en el modo en que el fenómeno es construido, lo que quiere decir: cómo es explicado, con qué otros fenómenos es vinculado, hasta dónde se lo hace llegar, etc.

Los temores que despierta el relativismo se evaporan rápidamente en cuanto entendemos que las decisiones teóricas no son producto de las decisiones personales del historiador, sino que responden a un cierto modelo de en qué consiste hacer historia, lo que esto significa es que habrá un cuerpo de evidencia aceptado al que será inevitable apelar, en su defecto se deberán exponer las razones por las que se la ignora o se la entiende de otro modo. Son, entonces, decisiones de la comunidad a la que pertenece, “lo que es real debe ser definido en un contexto epistemológico, al menos en cuanto está involucrada la historia”<sup>18</sup>, “eso no implica que el pasado no exista ‘realmente’ o que los historiadores individuales sean libres para ‘dictar’ cualquier representación del pasado que les guste”<sup>19</sup>. Tampoco quiere decir que cada perspectiva teórica tenga su cuerpo de evidencia propio. “la evidencia es explicable dentro del trasfondo de las afirmaciones científicas, pero no dentro de la teoría particular que se supone que sostiene”<sup>20</sup>. La aceptación de la evidencia se justifica internamente. “todo juicio y justificación en historia debe ser interna en el sentido de estar dentro de la influencia del conocimiento de trasfondo de los historiadores, las afirmaciones vigentes sobre el pasado [...] Testear las

---

<sup>16</sup> Dray, W. “A Controversy over Causes: A.J.P. Taylor and the Origins of the Second World War”, cap. IV del libro *Perspectives on History*, Routledge and Keagan, London, 1980, pp.69-96.

<sup>17</sup> Goldstem, p.37.

<sup>18</sup> Walsh, p.67

<sup>19</sup> Lorenz, C.. “Historical Knowledge and Historical Reality: A Plea for ‘Internal Realism’”, p 314 (*History and Theory*, 33.3. 1994, pp.297-327).

<sup>20</sup> Kosso, p. 12-3

descripciones históricas por comparación con la evidencia es una comparación con información que adquiere significado y credibilidad bajo la influencia del conocimiento de trasfondo”<sup>21</sup>. En verdad esto no es más que una variante del debate en filosofía de las ciencias naturales en relación a que los datos están “cargados” de teoría, si esto es aceptado, lo cual es imposible de no hacer en el actual estado de la cuestión, sin por ello asumir que los científicos “crean” de la nada la realidad que estudian no veo por qué no podemos asumir una posición similar en historia, si todo nuestro conocimiento de la realidad (presente y pasada) está permeado de teoría, o mediado por las perspectivas teóricas que asumimos, no parece consistente negar la actividad constructiva del historiador, en el sentido de construir un objeto que no le es dado y que tampoco puede inferir sin más de la evidencia; así: “las afirmaciones fácticas, sin embargo, no pueden ser ‘probadas’ o ‘fundadas’ en la realidad, sino que sólo se puede argumentar por ellas. Cómo parece que es ‘la realidad’, o cuáles son los ‘hechos’ siempre se mantiene debatible exactamente por esta razón”<sup>22</sup>. A pesar de estas inseguridades o limitaciones (inevitables) los historiadores llegan generalmente a acuerdos respecto de algunos relatos que consideran establecidos firmemente hasta el momento: “las disputas históricas cesan -lo que no significa que nunca puedan ser re-abiertas- cuando un consenso se ha logrado entre historiadores del área, lo que pone a una construcción histórica fuera de toda duda razonable es en parte la solidez de su argumento desde la evidencia, en parte su coherencia con lo que, en algún momento en particular, es considerado por aquellos historiadores que ha sido establecido fuera de toda duda razonable”<sup>23</sup>. En el mismo sentido se pronuncia Walsh: “la presunción debe ser que, dadas las condiciones correctas (sobre todo la evidencia correcta, pero también, por supuesto, el trasfondo de conocimiento apropiado), puede esperarse que los historiadores competentes entiendan las cosas correctamente, con el resultado que lo que es ampliamente aceptado en la comunidad histórica debe en verdad haber sido el caso”<sup>24</sup>.

Hay todavía un temor último: si aceptamos el constructivismo y el relativismo, lo que parece ser el caso, ¿no nos habremos quedado sin criterios para distinguir una novela histórica de un relato histórico?, es decir, ¿no habremos quedado imposibilitados de distinguir entre ficción e historia?. Otra vez considero que esta cuestión está mal planteada, la historia y la ficción tienen mecanismos comunes que se vinculan a su compartida condición de relatos, pero como señalé al comienzo responden a exigencias distintas, tienen pretensiones diferentes: la historia pretende ajustarse a la evidencia y mostrar el modo en que puede entenderse mejor aquello de lo cual tenemos evidencia que sucedió, la novela histórica fantasea con la verisimilitud con un texto o fuentes históricas,

---

<sup>21</sup>Kosso, p.5.

<sup>22</sup>Lorenz, p.314

<sup>23</sup>Nowell-Smith, “*The Constructionist Theory of History*”, p.22 (*History and Theory*, Beiheft 16, 1977, pp.1-28).

<sup>24</sup>Walsh, p.65, cursivas mías.

puede incluso ser fiel a la evidencia pero tiene un objetivo distinto: nos dice lo que pudo haber ocurrido según la inventiva del autor acerca de aquello de lo que un historiador no podría hablar porque no tiene pruebas para hacerlo. Sin embargo, las novelas históricas al igual que las autobiografías, tienen la virtud de ser accesibles a públicos que normalmente no leerían un libro de historia y que de este modo, indirecto si se quiere, se familiarizan con alguna parte del pasado; y aun cuando los historiadores podrían discutir la relevancia causal del personaje de la novela o autobiografía en cuestión no cabe duda que forma parte esencial de lo que podríamos llamar historia del presente o, mejor, densidad histórica del presente.